

EL PAÍS SEMANAL, 15-10-1983

La figura de Agustín García Calvo corre el riesgo de caer en el anecdotario, por sus antecedentes –expulsión de la Universidad en el 65, mayo francés y antinacionalismo zamorano– antes que incidir en la importancia de su labor académica. Él mide sus palabras, como buen filólogo, con un cierto temor a que su discurso sea manipulado. Viene de recoger unos exámenes de latín, lengua muerta que él intenta despertar todos los días en ánimo de sus alumnos: esgrimir la vitalidad de la lengua como argumento frente a lo que nos rodea.

La filología clásica no es una de las especialidades que atraiga al mayor número de jóvenes. ¿Qué vienen buscando los alumnos cuando eligen la rama de clásicas?

Todos los años tomo un grupo de primer curso y en la mayor parte de los casos no se ve que tengan intenciones filológicas. La mayoría tienen aficiones literarias, otros pocos vienen ya decididos a hacer clásicas por motivaciones diversas: bien porque algún profesor de latín o griego les ha estimulado durante el bachillerato o bien porque tiene una verdadera curiosidad por la lengua, y es en clásicas donde la tradición gramatical es más firme. También existe el gusto por hacer algo que está contra corriente, en contra de la actitud progresista de la enseñanza, porque es de estas cosas que no sirven para nada.

En la actualidad, el latín y el griego sólo aparecen en la enseñanza elemental como asignaturas optativas. ¿Esto le parece contraproducente, en el sentido de que siempre se dijo que “son materias que enseñan a pensar”?

Desde ese punto de vista, el que sigan en la escuela no tiene mucho sentido, porque supone la concepción de cosas como las matemáticas, el latín o el griego como si fueran gimnasia intelectual, y esta concepción me resulta repugnante. Pienso que no debería tratarse como una gimnasia intelectual (que lo es cualquier cosa: hablar con la gente por la calle o discutir con la familia), ni tampoco como cultura, por un puro interés histórico. Creo que hay en estas materias una tradición que todavía dura, en contra de la desastrosa evolución de la enseñanza. Tradición de cara a la exactitud, a la humildad para con la lectura y, por tanto, para escuchar a los demás.

¿Cómo es un niño?

Hace unos días, en un coloquio televisado que trataba sobre la delincuencia, se exponía la idea de que muchos de los problemas de los jóvenes de hoy en día provenían de la falta de rigidez en la escuela, del excesivo relajo, de la supresión de los castigos y los premios, etc. ¿Qué opina sobre esto, sobre la educación en un amplio sentido, tal y como está planteada?

No creo en la enseñanza en general. Pienso que forma parte del aparato cultural y, por tanto, del aparato estatal; que está destinada a aburrir a los niños y a matar su curiosidad; que se limita a dar noticias que los mayores piensan que van a serles útiles, y a dárselas antes de que los niños las pidan. Así, el desinterés y el aburrimiento se prolongan desde la escuela primaria a la Universidad,

Detractores de la enseñanza hay muchos, pero nadie tiene la panacea...

En mi caso, la indignación que padezco contra la enseñanza no hace más que crecer. Me parece que le motivo principal consiste en que los que fabrican incansablemente planes de estudios y organizan en general la escuela, para hacerlo tienen que estar seguros de que saben lo que es un niño, qué es lo que necesita, lo que le conviene, a qué se le debe destinar, y esto me parece radicalmente falso. Esa estupidez de quienes creen saber lo que es un niño y cómo se forma, que son los que tienen que regir la planificación de los estudios, resulta especialmente repugnante. Es preciso repetir hasta la saciedad que no sabemos casi nada (y lo más de lo que sabemos, mal sabido) respecto a qué es un niño, cómo se forma y lo que viene a hacer a este mundo.

Al menos, hay especialistas que se dedican a investigar en este sentido.

A este misterio apenas se asoman más que algunos de los estudiosos más honrados: psicólogos, psicoanalistas, pedagogos, estudiosos de la formación del lenguaje y la comunicación en los niños... y no son ellos los que se dedican a organizar la enseñanza. Los funcionarios que se encargan de esto (desde los ministros hasta los tecnócratas de la educación) son ignorantes de estas materias. El resultado ha de ser, a la fuerza, planes de estudios que responden a las ideas que estos señores se hacen de lo qué es un niño, pero no tienen por qué responder a los deseos y a las posibilidades de los muchachos.

Decía antes que los que planifican la escuela parecen estar seguros de lo que le conviene a un niño y del papel que debe desempeñar en su vida; pero no sólo el Estado guarda para sí esta prerrogativa. También los padres, hasta en el más mínimo de los detalles, están inculcando a sus hijos lo que ellos quieren que sean.

Los padres también se equivocan, por supuesto. Y es que la mayoría de los adultos no sólo no saben qué es lo que vienen a hacer a este mundo (lo cual no sería demasiado grave), sino que encima creen saberlo. Están obligados, para sostener su propio estatuto como adultos, a creer que lo saben.

Las personas, cuanto menos formadas están, más posibilidades tienen de entender, o de no creerse que lo saben. Mi desconfianza hacia los adultos es de lo más

amplia. Sólo por excepción, alguien puede haber conservado la modestia para no engañarse. Por fortuna, los niños y los muchachos vienen demostrando ser muy resistentes a este proceso. Una buena parte de ellos llegan vivos hasta los dieciséis, diecisiete y dieciocho años.

Pero más tarde o más temprano son atrapados, ¿o no lo son de puertas para adentro, mientras sean “conscientes” de ello?

Únicamente hay que ser consciente de que no se sabe, de que tal vez los que lleguen y están menos formados, están en mejores condiciones que nosotros. Así, uno se limitará a la transmisión de las técnicas más útiles y más inocentes, menos cargadas de propósitos por parte del sistema. Se potenciará el aprendizaje de la lectura, la escritura, el cálculo, la danza, el teatro, y en cambio se abstendrá uno de hacerles creer que la Ciencia tiene que ser tal y como hoy domina, de que va por un camino determinado, y de decirles que lo que hay que hacer es ocupar tal puesto o el otro, con vistas a un incierto progreso.

Conocer a los clásicos.

Una de las últimas colaboraciones en la prensa diaria de Agustín García Calvo era, sencillamente, una carta remitida por una alumna, en la que se hacía una copiosa enumeración de datos, procedentes de textos clásicos, sobre las guerras de la antigüedad, y a propósito de los comentarios que continuamente vierten en los periódicos aquellos que llevan camino de convertirse en los cronistas bélicos de hoy. Posiblemente, el conocimiento profundo de los textos de la antigüedad le dan al especialista la capacidad de discernir y de comprobar que, al fin y al cabo, el hombre no ha cambiado tanto.

No es precisamente por el conocimiento histórico, que entra a formar parte de eso que llaman cultura y que constituye parte de esos valores que se le quieren imponer a la Humanidad, sino un conocimiento más vivo, que me atrevería a llamar filosófico. Leer a Heráclito, a Herodoto o a Platón, no como si pertenecieran a otro siglo, sino como seres humanos fuera del tiempo. No es cuestión de conocimiento, sino de actitud. Esta costumbre, desde luego, ayuda a perder ilusiones respecto a que estén pasando cosas trascendentales, tal como pretenden hacernos creer, a pensar que lo que conocemos de la Humanidad (unos 6.000 años) no es prácticamente nada en relación con los abismos de la Prehistoria. Los textos más antiguos son cosa de hace un momento.

Agustín García Calvo se ha dedicado a la enseñanza desde que él mismo dejó de ser estudiante. ¿Qué diferencias encuentra entre los estudiantes de la década de los sesenta y los de ahora?

Los estudiantes de los últimos años de la dictadura estaban muy amodorrados, y me era difícil despertar en ellos algunas pasiones. El estallido del 65 fue muy inesperado respecto a esta actitud. Representó una ruptura verdadera, y nada ha

vuelto a ser igual desde entonces. Ahora me encuentro con estudiantes profundamente desengañados de la política. A falta de cosa mejor se dedican a “empollar”, pero si se les ofrece algo distinto, saben reconocerlo bien. Sus actitudes en cuanto a la droga o la delincuencia, relativamente explicables desde la mentira y la estupidez que dominan, las considero estériles, porque también entran a formar parte del aparato. Pero revelan una cierta capacidad de resistencia y de amor por las cosas en si mismas.